

CINCO COSAS
QUE TODO
CRISTIANO
NECESITA
PARA CRECER



R. C. SPROUL

¡Crezca espiritualmente!

Sabemos que para crecer hasta llegar a ser un adulto fuerte y saludable se necesita ingerir alimentos balanceados, ricos en vitaminas y proteínas. Pero ¿qué se necesita para que un hijo o una hija de Dios crezca fuerte y saludable? ¿Cuáles son los nutrientes espirituales que necesita nuestra alma para crecer con fuerza?

En este libro el veterano pastor y reconocido teólogo Dr. R. C. Sproul nos resume la dieta balanceada que da como resultado un crecimiento espiritual saludable. Hay cinco cosas que todo cristiano necesita para crecer, nos dice el autor. Ellas son:

- El estudio de la Biblia
- La oración a Dios
- La adoración de Dios
- El servicio a otros
- La mayordomía total

¿Es usted un nuevo creyente, ansioso de crecer en comunión con Dios? ¿Es usted un cristiano cuyo crecimiento se ha estancado? Recibirá bendición al poner en práctica las sugerencias que el Dr. Sproul le ofrece para que incorpore estas cinco cosas esenciales a su vida. Permítale enseñarle cómo crecer espiritualmente.

R. C. SPROUL es reconocido como un extraordinario comunicador de las verdades prácticas de la Palabra de Dios. Mediante *Ligonier Ministries*, de los que es fundador y principal maestro, se les proporciona a los cristianos enseñanza profunda de teología, historia, estudio de la Biblia, apologetica y ética cristiana. El doctor Sproul es presentador del programa *Renewing Your Mind* [Renueve su mente] que es transmitido por más de 300 estaciones de radio. El autor sirve como profesor distinguido de teología sistemática del Seminario Teológico Knox de Fort Lauderdale, Florida. Ha escrito más de cincuenta libros, de los cuales Editorial Portavoz ya ha publicado en castellano: *Cómo defender su fe*.

Vida cristiana


PORTAVOZ

ISBN 978-0-8254-1615-6



9 780825 416156

CINCO COSAS
QUE TODO
CRISTIANO
NECESITA
PARA CRECER



R. C. SPROUL


PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Five Things Every Christian Needs to Grow*, © 2002 por R. C. Sproul y publicado por W Publishing Group, una división de Thomas Nelson, Inc., P.O. Box 141000, Nashville, Tennessee 37214. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Cinco cosas que todo cristiano necesita para crecer*, © 2007 por R. C. Sproul y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 10: 0-8254-1615-9
ISBN 13: 978-0-8254-1615-6

2 3 4 5 edición / año 11 10 09 08

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

CONTENIDO

Introducción | 5

CAPÍTULO 1
EL ESTUDIO DE LA BIBLIA I 7

CAPÍTULO 2
LA ORACIÓN i 25

CAPÍTULO 3
LA ADORACIÓN I 40

CAPÍTULO 4
EL SERVICIO I 52

CAPÍTULO 5
LA MAYORDOMÍA I 67

Ser cristiano no es una habilidad que se adquiere como bucear o patinar sobre el hielo. Es una relación viva y vital con el Dios del universo, una relación que comienza cuando una persona se vuelve una nueva creación en Él y recibe a Jesús como su Señor por fe. Pero, al igual que los atletas olímpicos, los cristianos necesitan entrenamiento, hacer sacrificios, abrazar ciertas disciplinas para poder dar a Dios "lo supremo". El presente libro aborda cinco de dichas disciplinas: (1) El estudio de la Biblia, (2) la oración, (3) la adoración, (4) el servicio y (5) la mayordomía. Como los aros entrelazados de la bandera olímpica, estas cinco prácticas izan un estandarte de ideales para los cristianos de toda nación y grupo de personas. Así como los atletas se esfuerzan para alcanzar sus mejores resultados, nuestra diligencia respecto a estos aspectos de la vida cristiana nos ayudará a determinar nuestro grado de eficacia para servir a nuestro Señor.

El sudor y el sacrificio olímpico durante años, y en ocasiones décadas, se da a cambio de la oportunidad de competir y quizá, ganar una medalla y escuchar el aplauso de los fanáticos de todo mundo. Esta es una experiencia que se da una vez en la vida de un pequeño y selecto grupo de hombres y mujeres dotados. Es probable que el pueblo de Dios no reciba la adulación del mundo, pero un día escuchará las palabras: "Bien, buen siervo y fiel". (I Co. 9:24-25)

¡Disfrute la carrera!

EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

El hombre se retorció víctima de un dolor atroz. La dolencia que sentía no era física. Eso deseaba él. Ya había sufrido esa clase de dolores antes y sabía que no podría encontrar alivio en bálsamos o incluso sumiéndose en un sopor etílico. Dicho dolor necesitaba de algo mayor... mucho mayor para su curación. El sufrimiento era la agonía espiritual, la oscuridad del alma, cuando uno siente que cuelga de un frágil filamento sobre las fauces del infierno.

El dolor era la vergüenza, la devastación y la ruina de la humillación personal, la revelación de un pecado secreto. Este hombre era un héroe, una celebridad nacional, un connotado guerrero, estadista, poeta, músico y líder espiritual. A lo largo de su vida, fue objeto de canciones populares que celebraban sus proezas. Se catapultó a la fama nacional cuando defendió a su pueblo y mató al enemigo más temido por su ejército, un monstruoso titán, sencillamente con una honda y una piedra lisa. Era un fiel subdito de su rey, aun cuando este quería matarlo.

El hombre era David, el segundo rey de Israel. Su reinado marcó el comienzo de la edad de oro de Israel al extender las fronteras de la nación como nunca antes. Bajo su liderazgo, este pequeño país, con un área cercana a la del estado de Maryland, se convirtió en una potencia mundial. Ubicado en el puente de tierra que une a África con Asia y Europa — a través del cual

transitan rutas comerciales internacionales, Israel se encontraba en un lugar de gran importancia geopolítica.

La grandeza de David fue más allá de la política y la cultura. Se le conoce más por haber sido un líder espiritual, un hombre conforme al corazón de Dios. Cuando cometió cierto monstruoso pecado, fue una calamidad no solo para David y su familia, sino para toda la nación. A pesar de su fortaleza espiritual, estaba tan ciego al mal que había en su propio corazón que fue necesaria su confrontación por el profeta Natán para que David se diera cuenta de su culpa. Podemos leer el pasaje en 2 Samuel 12:1-7:

Jehová envió a Natán a David; y viniendo a él, le dijo: Había dos hombres en una ciudad, el uno rico, y el otro pobre. El rico tenía numerosas ovejas y vacas; pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno; y la tenía como a una hija. Y vino uno de camino al hombre rico; y éste no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas, para guisar para el caminante que había venido a él, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para aquel que había venido a él. Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte. Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo tal cosa, y no tuvo misericordia. Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo te ungué por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl.

David fue presa de la pena a causa del desenmascaramiento, de la crítica. El versículo 13 dice: "Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová. Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás".

Junto a su estrepitosa caída de gracia y obediencia, David padeció el poder enjuiciador del Espíritu Santo. Su arrepentimiento era tan profundo como abrupta su caída. Su remordimiento fue más allá del miedo superficial al castigo, fue arrepentimiento auténtico, un espíritu marcado por un corazón roto a causa de haber ofendido a Dios. En dicho acto de contrición, David escribió la oración que conocemos como el Salmo 51. En dicho salmo aparecen todos los elementos del verdadero arrepentimiento:

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia;

Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.

Lávame más y más de mi maldad,
Y límpíame de mi pecado.

Porque yo reconozco mis rebeliones,
Y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra ti, contra ti solo he pecado,
Y he hecho lo malo delante de tus ojos;
Para que seas reconocido justo en tu palabra,

Y tenido por puro en tu juicio.

He aquí, en maldad he sido formado,
Y en pecado me concibió mi madre.

He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo,

Y en lo secreto me has hecho comprender
sabiduría.

Purifícame con hisopo, y seré limpio;
Lávame, y seré más blanco que la nieve.
Hazme oír gozo y alegría,
Y se recrearán los huesos que has abatido.
Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.
No me echés de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu.

Vuélveme el gozo de tu salvación,
Y espíritu noble me sustente.
Entonces enseñaré a los transgresores tus
camino,
Y los pecadores se convertirán a ti.

Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de
mi salvación;
Cantará mi lengua tu justicia.
Señor, abre mis labios,
Y publicará mi boca tu alabanza.
Porque no quieres sacrificio, que yo lo
daría;
No quieres holocausto.
Los sacrificios de Dios son el espíritu
quebrantado;
Al corazón contrito y humillado no
despreciarás tú, oh Dios.
Haz bien con tu benevolencia a Sion;

Es un largo camino el que hay entre el Salmo 1 y el
51. Dicho viaje no se mide con las páginas de un libro ni
con los años de experiencia, sino entre la obediencia y la
desobediencia, una senda bien andada por todo cristiano.
El Salmo 1 dice:

Bienaventurado el varón que no anduvo en
consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha
sentado;
Sino que en la ley de Jehová está su
delicia,
Y en su ley medita de día y de noche.
Será como árbol plantado junto a
corrientes de aguas,
Que da su fruto en su tiempo,
Y su hoja no cae;
Y todo lo que hace, prosperará.

No así los malos,
Que son como el tamo que arrebató el
viento.
Por tanto, no se levantarán los malos en
el juicio,
Ni los pecadores en la congregación de
los justos.

Porque Jehová conoce el camino de los
justos;
Mas la senda de los malos perecerá.

En una etapa de su vida, se puede describir a David como la encarnación del hombre de quien se habla en el Salmo I, un hombre como un árbol plantado junto a corrientes de aguas. Había meditado acerca de la Palabra de Dios día y noche. En aquel fuego se forjó la fuerza espiritual de David. Pero, en un momento de su vida, su atención se desvió de aquella Palabra hacia una mujer, Betsabé. Por ende, David se volvió entonces en tamo que el viento se lleva. En su estrepitosa caída, David perdió no solo su integridad, sino también su alegría.

En el Salmo 51, David ruega a Dios que lo limpie de pecado: "Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido... Vuélveme el gozo de tu salvación".

A pesar de que el pecado brinda grandes placeres, no brinda gozo. Si comprendemos la diferencia, podemos sortear los escollos que tientan al creyente. En medio de su sufrimiento, David añoró volver a experimentar el gozo de la salvación.

El momento de mayor gozo en mi vida fue cuando me convertí a Cristo, el momento que definió mi vida. Comparado con él, nada más en el mundo parece tener valor alguno.

A menudo escucho este testimonio. Mi amigo John Guest, un evangelista y predicador británico, nos cuenta de la noche en que se convirtió, en Liverpool, Inglaterra. Dice que no corrió meramente a casa, sino que de hecho brincó, saltó por encima de las tomas de agua que había en su camino. Mi esposa, Vesta, se pasó la noche de su conversión caminando, pellizcándose y preguntándose: "¿Todavía la tengo?" Convencida de que sí la tenía, se acostó a dormir.

EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

Como cristiano nuevo, me metí de lleno en las Escrituras. Quería pasar la mayoría del tiempo que estaba despierto leyéndola. En mi primer semestre en la universidad, logré incluirme en la lista del decano. Sin embargo, no era la lista de los estudiantes con buenas notas, era la lista de los que estaban en período de prueba académico. Obtuve el máximo de puntos en educación física y estudios bíblicos, y suspendí todas las demás. El puntaje que obtuve en estudios bíblicos me permitió continuar en la escuela.

Durante aquellos primeros meses de mi vida cristiana era dado a unos tremendos cambios de humor: Desde tremendas altas espirituales hasta espantosas depresiones. Visité a un pastor en busca de consejo. Él me explicó que aquel viaje espiritual en montaña rusa era bastante común entre los cristianos nuevos y que en la medida en que yo madurara en mi fe, mis altas y mis bajas se nivelarían. También me aconsejó que buscara en la Biblia y no en mis sentimientos los fundamentos de la vida cristiana. Nunca había recibido un consejo tan sabio.

LA PALABRA EN LA CONVERSIÓN

Dios se complace en hacer uso de las Escrituras para penetrar el corazón y llevarnos a fe. Es cierto que la fe se adquiere al escuchar la Palabra de Dios. Hebreos 4:12-13 dice:

Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas

las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.

La historia está repleta de anécdotas acerca de cómo grandes personalidades se convirtieron por medio del poder de la Palabra. Agustín, que llevaba una vida de pura inmoralidad, escuchó un día jugar a unos niños que gritaban el estribillo: "*TolleLege, TolleLege*", frase en latín que significa: "Álzala y léela". Al escuchar aquello, sus ojos se posaron sobre el texto de una Biblia abierta, donde decía: "Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestidos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne" (Ro. 13:13-14).

Al Agustín leer las palabras "...no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias...", sintió que la Palabra de Dios lo traspasaba y que el Espíritu de Dios le daba vida.

Siglos más tarde, Martín Lutero se despertó de manera similar. Lutero había luchado tenazmente contra la justicia de Dios, reconociendo que en ocasiones aborrecía el concepto en sí mismo. Entonces, mientras leía el comentario de Agustín de Romanos 1:17, Lutero vio de repente la verdad del evangelio: Que la justicia de Cristo es dada solo por la fe. Dicho despertar en Lutero inició la Reforma protestante.

Romanos también jugó un papel decisivo en la conversión de Juan Wesley. Él se encontraba en Aldersgate, en Londres, cuando escuchó un sermón acerca de Romanos y sintió que su corazón "se calentó de manera extraña". Wesley consideró que ese fue el momento de su conversión.

Mi propia conversión fue precipitada por el poder penetrante de las Escrituras. Me encontraba conversando con un estudiante de último año en mi primera semana en la universidad. Él fue la primera persona a quien conocí que hablara de su relación personal con Jesús. Conversamos acerca de temas generales. No hubo una presentación formal del evangelio, pero él habló de la trascendental sabiduría de la Biblia. Citó un pasaje más o menos oscuro de Eclesiastés: "y si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará" (11:3b). Las palabras de dicho texto me impresionaron grandemente. De repente, me vi a mí mismo como al árbol: Inmóvil, tirado ahí y sencillamente pudriéndome. Vi mi vida como el árbol en descomposición: Llena de corrupción y descomponiéndose poco a poco. Con aquello en mente, me fui a mi habitación y sentí la necesidad de arrodillarme. Me arrodillé al lado de mi cama y rogué a Dios que me perdonara por mis pecados. Fue entonces que conocí a Cristo, quien me dio una nueva vida y levantó mi vida descompuesta del suelo del bosque. Creo que es probable que en toda la historia de la Iglesia Cristiana, yo haya sido la única persona que se haya convertido por ese versículo de Eclesiastés.

LA PALABRA EN EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Tal como la Palabra de Dios es empleada en nuestra conversión, la Biblia resulta un instrumento imprescindible para nuestro crecimiento espiritual. Al sumergirnos en la Palabra de Dios, comenzamos a adquirir la mente de Cristo y aprendemos qué es llevar una vida de discípulo.

De cara a la muerte, el apóstol Pablo escribió su última carta a su querido amigo y discípulo Timoteo. La instrucción de Pablo fue un llamamiento a estudiar de

manera diligente las Escrituras: "Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús" (2 Ti. 3:14-15).

La primera vez que leí dicho pasaje, noté cuan relacionado estaba con la declaración que había hecho Pablo en 4:7: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe". Era como si las palabras estuvieran embrujadas. Yo ya las había oído antes, pero no sabía que eran de la Biblia. Cuando era adolescente, mi padre sufrió varios derrames cerebrales. Estuvo dos años sin poder hacer otra cosa que no fuera sentarse en una silla con una lupa en la mano para leer la Biblia. Mi obligación consistía en arrastrarlo, como hacen los bomberos, hasta el comedor noche tras noche para la cena. Una noche, cuando lo llevaba de regreso a su silla, me pidió que me detuviera y que lo dejara sentarse en el sofá de la sala. Mientras se sentaba, me miró y me dijo: "Hijo, he peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe". Esa fue la primera vez que escuché aquellas palabras, y no tenía idea de que eran de las Escrituras. Pero yo sabía el significado que encerraban y no me gustó para nada. Le respondí con brusquedad: "No diga eso, papá".

Sin mencionar otra palabra lo llevé a su silla en el cuarto. Como una hora más tarde escuché un ruido en el cuarto. Encontré a mi padre en el suelo, con sangre brotándole de los oídos y nariz. Se encontraba en coma, de donde no salió. Resultó que las palabras que Pablo había escrito a Timoteo fueron las últimas palabras que mi padre dijo en esta tierra.

Queda claro para mí que la exhortación a continuar en las Escrituras era vital para la propia habilidad de Pablo para pelear la batalla, correr la carrera y guardar la fe. Al continuar el estudio de la Biblia, crecemos en fe y somos capaces de llevar una vida cristiana. En su exhortación a Timoteo, Pablo guió a su discípulo hacia las Escrituras, encomendándose a él debido a su naturaleza y función. Escribió: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia" (2 Ti. 3:16).

Dios es la fuente de las Escrituras. El que toda Escritura sea "inspirada por Dios" hace referencia, no a la manera en que Dios supervisó la manera de escribirse la Biblia, sino a la fuente del contenido de la Biblia. La palabra que se traduce como "inspirada por Dios" es el término griego *theopneust*, que literalmente significa: "Exhalada por Dios". Cuando Pablo escribió que las Escrituras eran *exhaladas por Dios*, la idea no es de *inspiración*, sino de *espiración*; es decir: Dios *exhaló* la Biblia. El punto de toda esta cuestión es que la Biblia parte de Dios. Es su palabra, que lleva consigo su autoridad.

Siempre me enseñaron, como estudiante y como académico, a verificar la fuente de cualquier aseveración. La credibilidad está directamente atada a la fuente. A veces los reporteros citan a "fuentes fidedignas" en sus artículos. La única fuente *verdaderamente* fidedigna es Dios. Pablo quiso que Timoteo comprendiera la *fente* de la Biblia, no de qué manera fue inspirada.

Después de aseverar que la Biblia fue exhalada por Dios, Pablo explica en detalle su propósito y valor. Se dice que las Escrituras son *provechosas* para diversas cosas, entre las que

se incluyen *doctrina, reprobación, corrección y enseñanza de rectitud*.

El valor de la Biblia consiste primeramente en que enseña una doctrina sólida. A pesar de que vivimos en una época en que se denigra la enseñanza sólida, la Biblia le otorga un gran valor. La mayor parte del Nuevo Testamento trata acerca de la doctrina. El ministerio de educación se deja en manos de la iglesia para que esta forme al pueblo. Pablo dice: "Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Ef. 4:11-12).

La Biblia también resulta provechosa para la reprobación y para la corrección, cosas que nosotros, como cristianos, necesitamos continuamente. Está de moda en algunos círculos intelectuales criticar la Biblia en el campo académico. Al hacerlo, los especialistas se posicionan a sí mismos por encima de la Biblia e intentan corregirla. Si en verdad la Biblia es la Palabra de Dios, no hay nada que pudiera resultar más arrogante. Es *Dios* quien nos corrige a *nosotros*; nosotros no lo corregimos a El. Nosotros no nos alzamos por encima de Dios, estamos por debajo de El.

He aquí una ayuda práctica para cuando estudie la Biblia: *Lea la Biblia con un lápiz rojo en la mano*. Le sugiero que ponga un signo de interrogación en el margen cada vez que un pasaje le resulte confuso o difícil de entender. Del mismo modo, ponga una X al lado de cada pasaje que lo haga sentirse ofendido o incómodo. Más tarde podrá concentrarse en los aspectos que consideró contrarios, en especial los textos que haya marcado con una X. Esto le puede servir de guía a la santidad, ya que las X nos muestran rápidamente en qué aspectos se desvía nuestro pensamiento en correspondencia con la mente de Cristo.

Si no me gusta algo que leí en las Escrituras, tal vez sea, sencillamente, porque no lo entendí. Si ese es el caso, puede que repasarlo me ayude. Si es que de hecho no entiendo el pasaje y de todas maneras no me agrada, esto no es muestra de que la Biblia tiene algún defecto. Es muestra de que *yo* tengo algo mal y necesito cambiarlo. A menudo, antes de lograr que en un empeño todo nos salga bien, tenemos que descubrir primero que es lo que estamos haciendo mal.

Cuando los cristianos experimentamos ese "cambio de mente" que constituye el *arrepentimiento*, no quedamos automáticamente libres de todos los malos pensamientos. La renovación de nuestra mente es un proceso que dura toda la vida. Nosotros podemos acelerar dicho proceso al concentrarnos en esos pasajes de las Escrituras que no nos agradan. Esto forma parte del "instruir en justicia" al que Pablo hace referencia. El objetivo de esta enseñanza es que el pueblo de Dios esté listo y preparado para llevar a cabo buenas obras.

COMENCEMOS

Sin duda, usted ha oído el siguiente cliché: "De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno". Prácticamente todos los cristianos en algún momento de su vida han decidido leer toda la Biblia. Si creemos que la Biblia es la Palabra de Dios, es natural que no queramos perdernos ni una palabra. Si Dios le dejara una carta en su buzón, estoy seguro de que usted la leería. Pero la Biblia es una carta bastante extensa, y el grueso de su contenido es algo sobrecogedor, incluso para aquel que tenga la mejor de las intenciones.

Con frecuencia pido en los seminarios que alcen la mano para indicar quienes se han leído toda la Biblia.

Rara vez han alzado la mano el cincuenta por ciento de las personas. Yo les pregunto: "¿Cuántos de ustedes se han leído el libro de Génesis?" Y casi todos alzan la mano. Entonces les digo: "Mantengan la mano en alto si también se han leído Éxodo". Solo se bajan unas pocas manos. "¿Levítico?" Y ya las manos comienzan a caer con rapidez. Con Números es aún peor.

Leerse Génesis es casi como leerse una novela. Es, en su mayoría, narrativa histórica y biográfica. Contiene una serie de acontecimientos importantes en las vidas de personas como Noé, Abraham, Jacob y José. Del mismo modo, Éxodo es apasionante, ya que nos narra acerca de la penosa historia de la esclavitud de Israel en Egipto y de su liberación bajo el liderazgo de Moisés. La lucha contra Faraón es emocionante. Al llegar a Levítico, todo cambia. Cuesta trabajo leer acerca de las ceremonias, los rituales de sacrificio y purificación y demás, que nos resultan tan lejanos hoy día. Nos falta un mapa que nos ayude a transitar por esas partes tan difíciles.

Cuando entré en la universidad, me declaré a mí mismo graduado de historia. Me duró un semestre. El primer curso fue Historia de las civilizaciones, que cubría el ámbito histórico desde los antiguos sumerios hasta la administración Eisenhower. Rápidamente me sentí perdido y confundido por la gran cantidad de información que intentaba asimilar. Era un caso obvio de sobrecarga de información. No contaba con ningún esquema para procesar las fechas, las personas, los acontecimientos y otros hechos que asaltaron mi banco de memoria. Me sentí agradecido de haber suspendido el curso y rápidamente cambié de asignatura principal.

Lo que me sucedió a mí en el curso de historia es lo que le pasa a los tantos cristianos que tratan de leer la Biblia de tapa a tapa. Pienso que existe una mejor forma de hacerlo. Para que los cristianos puedan en verdad comprender la Biblia, necesitan entender primero la estructura básica y el esquema de la misma.

El Nuevo Testamento nos llama a llevar una vida de discípulos. La palabra *discípulo* significa "aprendiz". En cualquier disciplina es importante comenzar por lo básico y dominarlo. Arnold Palmer señaló una vez que solo uno de cada cincuenta golfistas amateur tiene un agarre correcto del palo. El legendario entrenador Vince Lombardi, cuando se enojaba debido al mal juego de su equipo, siempre retomaba los conceptos básicos. Se paraba delante de ellos agarrando un balón, lo alzaba para que todo el equipo pudiera verlo y les decía: "Esto es un balón de fútbol, [pausa] ¿Voy demasiado rápido?"

En ocasiones prestamos poca atención al aprendizaje de los conceptos básicos. Recientemente comencé a recibir clases de violín. Mi profesora es una consumada violinista rusa de mucho talento. Estuvo semanas enseñándome cómo sostener el arco antes de que me permitiera ponerlo sobre las cuerdas. En ese tiempo aprendí más ruso que violín. La palabra *niet* se convirtió en parte de mi vocabulario regular. Yo quería correr antes de aprender a caminar.

Para estar seguros, las Escrituras nos llaman a madurez. No nos sentiremos satisfechos con solo oírla, sino que ansiaremos la sustancia de la Palabra. Hebreos 5:12T4a dice:

Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva

a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez.

Creo que una de las razones por la que muchos cristianos nunca llegan a la sustancia de la Palabra, sino que se quedan a nivel de oírla, es que nunca aprendieron a escucharla realmente. No por gusto las escalas son importantes para el pianista y el agarre para el golfista. Debemos dominar lo básico si queremos alcanzar altos niveles de competencia.

Comience con una perspectiva general de la Biblia. Entienda primero el esquema que sigue. Si le es posible, alístese en un curso en el cual impartan dicha perspectiva general. En *Ligonier Ministries* produjimos una serie de audio y vídeo en inglés titulada *Dust to Glory* [Del polvo a la gloria]. La serie muestra la estructura básica de la Biblia desde Génesis hasta Apocalipsis. No entra en detalles, pero cubre los puntos culminantes de la historia redentora. Además de la serie, yo colaboré con Robert Wolgemuth para producir *What's in the Bible?* [¿Qué tiene la Biblia?] El objetivo del libro es ayudar a aquellas personas que nunca han tenido ni una sencilla introducción a la Biblia. En 1977, publiqué un libro titulado *Knowing Scripture* [Conozca las Escrituras], diseñado para ayudar a las personas a dominar las reglas fundamentales de la interpretación bíblica. Además, el siguiente es un patrón de lectura que le sugiero a todo aquel que nunca haya leído la Biblia:

- Génesis (historia de la creación, la caída y la historia de pacto de los patriarcas)

- Éxodo (historia de la liberación de Israel y su formación como nación)
- Josué (historia de la conquista militar de la Tierra Prometida)
- Jueces (transición de federación tribal a monarquía)
- 1 Samuel (la naciente monarquía con Saúl y David)
- 2 Samuel (el reinado de David)
- 1 Reyes (Salomón y el reino dividido)
- 2 Reyes (la caída de Israel)
- Esdras (el regreso del exilio)
- Nehemías (restauración de Jerusalén)
- Amos y Oseas (ejemplos de profetas menores)
- Jeremías (ejemplo de profeta mayor)
- Eclesiastés (sabiduría)
- Salmos y Proverbios (poesía hebrea)

La perspectiva general del Nuevo Testamento incluye:

- Evangelio de Lucas (vida de Jesús)
- Hechos de los apóstoles (la iglesia primitiva)
- Efesios (introducción a las enseñanzas de Pablo)
- 1 Corintios (la vida en la iglesia)
- 1 Pedro (introducción a Pedro)
- 1 Timoteo (introducción a las epístolas pastorales)
- Hebreos (cristología)
- Romanos (la teología de Pablo)

Al leer la lista, el estudiante obtiene una noción básica, así como entendimiento del enfoque de la Biblia. A partir de ahí, puede llenar los espacios en blanco y completar la lectura de toda la Biblia.

Por cuestiones prácticas, puede que usted desee combinar la lectura del Antiguo Testamento con el Nuevo.

Le ayudará leer un cierto número de capítulos del Antiguo Testamento y después leer algunos del Nuevo hasta que complete el estudio. Martín Lutero recomendaba a sus estudiantes que se leyeran la Biblia completa cada año para mantener fresca la idea de unidad a la vez que se concentraban en un fragmento de la Biblia en particular.

HERRAMIENTAS IMPORTANTES

Le recomiendo mucho que utilicen una Biblia de estudio. Una buena Biblia de concordancias le ayudará a encontrar versículos en particular y aumentará la comprensión del significado de conceptos de gran importancia. Se puede hacer uso de cintas de audio de la Biblia cuando se esté conduciendo o en alguna otra ocasión.

El estudio de la Biblia es la experiencia más enriquecedora que un cristiano puede vivir. La fe comienza y se fortalece en la Palabra porque es ahí donde nos encontramos con la mente misma de Dios.

LA ORACIÓN

En un pequeño pueblo de Alemania, un barbero se fue a su barbería temprano en la mañana. Se llamaba Peter Beskindorf, mejor conocido como "el maestro Peter". Aquella mañana se encontraba ocupado, afeitando a uno de sus clientes habituales cuando un hombre alto entró a la barbería. Peter reconoció al hombre inmediatamente como un fugitivo buscado por las autoridades. Y en efecto, había una recompensa por su cabeza, pero Peter no dijo nada al respecto. Cuando el maestro Peter terminó con el cliente, aquel hombre gigantesco se sentó en el sillón y le pidió que lo afeitara y le cortara el cabello.

Peter complació la petición del visitante y comenzó a afilar la navaja con el suavizador y a preparar la espuma para la barba. Empezó a afeitar, presionando el borde afilado de la navaja sobre el cuello del hombre. Peter sabía que solo de ejercer una leve presión podía degollar al hombre y cobrar la recompensa.

Sin embargo, Peter no tenía intenciones de llevar a cabo una acción tan espeluznante. El conocía al hombre. Aquella no era la primera vez que visitaba la barbería o se sentaba en el sillón, Peter no solo conocía al hombre, sino que lo tenía en gran estima. Más que cliente, el hombre era amigo de Peter, su mentor y su héroe. El hombre que se sentó en el sillón de Peter Beskindorf en la aldea de Wittenberg, Alemania, era Martín Lutero.

Aquel día, mientras afeitaba a Martín Lutero, el maestro Peter le dijo al gran reformador: "Dr. Lutero,

¿estaría usted dispuesto a enseñarme a orar?" Lutero le respondió que le encantaría ayudarlo. De hecho, aquel doctor en teología, siempre tan ocupado, líder de la Reforma protestante, se retiró a sus habitaciones y escribió un folleto especialmente para Peter titulado *A Simple Way to Fray* [Una manera sencilla de orar].

El folleto de Lutero se centraba en *cómo* orar. Pero primero formulemos la siguiente pregunta: "¿Para qué

¿POR QUÉ DEBEMOS ORAR?

De las tantas respuestas legítimas a dicha pregunta, nos centraremos particularmente en tres: Primero, porque la oración es un *deber* de todo cristiano; segundo, porque la oración es un *privilegio*; y tercero, porque la oración es un poderoso *medio de gracia*.

LA ORACIÓN COMO UN DEBER

La Biblia nos deja bien claro que el pueblo de Dios está llamado a ser un pueblo de oración. El Antiguo Testamento contiene numerosos ejemplos de hombres y mujeres que oraron con fervor. Pensamos, por ejemplo, en Ana, quien le rogó al Señor que le diera un hijo:

Y Elcana su marido le dijo: Ana, ¿por qué lloras? ¿por qué no comes? ¿y por qué está afligido tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos?

Y se levantó Ana después que hubo comido y bebido en Silo; y mientras el sacerdote Eli estaba sentado en una silla junto a un pilar del templo de Jehová, ella con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente. E hizo voto, diciendo: Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar a la aflicción de

tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza.

Mientras ella oraba largamente delante de Jehová, Eli estaba observando la boca de ella. Pero Ana hablaba en su corazón, y solamente se movían sus labios, y su voz no se oía; y Eli la tuvo por ebria. Entonces le dijo Eli: ¿Hasta cuándo estarás ebria? Digiere tu vino. Y Ana le respondió diciendo: No, señor mío; yo soy una mujer atribulada de espíritu; no he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová. No tengas a tu sierva por una mujer impía; porque por la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he hablado hasta ahora. Eli respondió y dijo: Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho. Y ella dijo: Halle tu sierva gracia delante de tus ojos. Y se fue la mujer por su camino, y comió, y no estuvo más triste. (I S. 1:8-18)

Después que Dios respondió la oración de Ana, ella volvió a orar, esta vez una oración de agradecimiento. Ello tiene un parecido extraordinario con la oración que María, la madre de Jesús, dijo en su Magníficat. (Compare I S. 2:1-10 con Le. 1:46-55.)

La oración de Ana es un sencillo ejemplo de la multitud de oraciones que aparecen en el Antiguo Testamento. Los Salmos contienen toda una colección de oraciones pronunciadas por David y otros muchos. El Nuevo Testamento también da testimonio de la costumbre de orar entre los creyentes e incluso —*en especial*— de Jesús mismo. Ya que la oración es característica de nuestros

antecesores bíblicos, también nos sirve a nosotros de estándar normativo.

Y por encima de los anteriores ejemplos, nos quedan los mandamientos explícitos dados a nosotros por los apóstoles y Jesús. El apóstol Pablo con frecuencia anima a sus lectores a ser diligentes en sus vidas de oración. Por ejemplo, nos dice:

...gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración. (Ro. 12:12)

No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia. (I Co. 7:5)

Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. (Fil. 4:6)

...porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado. (I Ti. 4:5)

Jesús nos dice que oremos siempre y que no nos demos por vencidos. En la parábola del juez injusto, Él dice:

También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre,

sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. (Le. 18:1-6)

En esta parábola, nuestro Señor habla de algo que necesitamos hacer (digamos orar siempre). La palabra *necesidad* se utiliza para describir una necesidad ética o moral. Lo que sea que Jesús diga que necesitamos hacer, se convierte en un deber solemne para nosotros.

LA ORACIÓN COMO UN PRIVILEGIO

La obligación o el deber de orar queda equilibrado por ser también un privilegio. Cuando Pablo se refirió acerca de los frutos y consecuencias de nuestra justificación, escribió: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Ro. 5:1-2).

En el Antiguo Testamento, la "entrada" a Dios estaba limitada por la virtud de la separación entre el templo sagrado y el lugar santísimo. Por supuesto que los creyentes podían orar, pero se les mantenía a cierta distancia de la gloriosa presencia de Dios. Solo el sumo sacerdote, una vez al año, podía entrar al lugar santísimo. Una gruesa pared llamada muro de la separación protegía la entrada. Pero cuando crucificaron a Jesús, Jerusalén sufrió un terremoto, y en el levantamiento, el velo se hizo pedazos. Gracias a la muerte expiatoria de Cristo, nosotros recibimos nuevo y libre acceso al Padre. Cristo conquistó para nosotros la paz con Dios y el final del distanciamiento. Ahora nuestras

oraciones nos invitan a entrar al lugar santísimo. ¡Qué gran privilegio!

Cuando entramos, no llegamos como extraños o extranjeros, sino como hijos privilegiados, adoptados en la familia de Dios. En el Nuevo Testamento se hace énfasis en la metáfora de la familia, donde se le llama a la iglesia, de manera metafórica, la novia de Cristo.

Considere la enseñanza de Pablo en 2 Corintios 11:1-2: "¡Ojalá me toleraseis un poco de locura! Sí, toleradme. Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo".

Luchamos con el término "celo" en la Biblia porque acostumbramos a pensar en el celo como un pecado, un pecado ligado a la envidia y la codicia, rasgos impropios de un cristiano. Sin embargo, las Escrituras describen a Dios como un Dios "celoso". Cuando en la Biblia aparece dicha palabra, no lo hace expresando el sentir de que Dios se muere de envidia de sus criaturas, como si nosotros fuéramos poseedores de algo que Él no tiene. Él no siente celos *de nosotros*; Él es celoso *con nosotros*. Es decir, Dios se preocupa indispensablemente por nuestro bienestar. A esto es a lo que Pablo se refiere cuando dice "celo de Dios". Pablo siente celo por el bienestar de sus hijos espirituales debido al compromiso de ellos con Cristo.

Pablo lleva la metáfora del matrimonio aún más lejos en Efesios 5:22-33. Dicho texto resulta controversial en nuestros días porque llama a la sumisión de la esposa al esposo. Pero dejando eso a un lado, el texto sondea la relación mística entre Cristo y su novia, la Iglesia. Dicha relación ha estado relacionada históricamente a lo que el credo apostólico llama la "comunidad de los santos".

El cristianismo no es un ejercicio de misticismo. El objetivo común de las religiones místicas es alcanzar la unidad con Dios. Dicho deseo se expresa a menudo en términos de ser "uno con el universo" (o algún otro objeto). La finalidad consiste en que la identidad del individuo se funda con el todo, como una gota de agua que cae *en* el océano y que ya no podrá distinguirse jamás *del* océano.

Tal misticismo es diametralmente opuesto al cristianismo. La fe cristiana jamás considera nuestro objetivo el *convertirnos en* Dios o perder nuestra identidad individual al ser *absorbidos por* Dios. La finalidad del crecimiento espiritual no es la clase de unión con Dios que destruye nuestra personalidad. Por el contrario, es una unión espiritual especial en la cual tiene lugar la rica *comunidad*.

La oración y la comunión espiritual están ligadas de la siguiente manera: La palabra *comunidad* está compuesta por el prefijo "com", que sencillamente significa "con" y la raíz *unión*. En la comunión experimentamos una unión como la que se vive en el matrimonio, la cual nos ofrece el nivel más cercano que una relación pueda alcanzar entre dos personas. La Biblia nos habla de matrimonio como una experiencia en la que dos se convierten en uno. En este tipo de unidad, las dos personas no pierden sus identidades individuales. Más bien, experimentan un nivel de interacción que convierte la unidad espiritual en un vínculo.

El Nuevo Testamento plantea con frecuencia que en la conversión, por la obra del Espíritu Santo, pasamos a ser "en Cristo". También nos enseña que Cristo *habita dentro* de su pueblo, de manera que cada cristiano está "en Cristo" y Cristo está "en" cada cristiano.

En el Nuevo Testamento, que originalmente se escribió en griego, ocurre una mutación lingüística que no se advierte en una traducción al español. Cuando la Biblia nos llama a *creer en Cristo*, la palabra griega para *en* es *eis*. Literalmente, este término significa "dentro". Si usted se encuentra afuera de una habitación y quiere entrar, tienen que atravesar alguna puerta u otro medio de acceso para lograrlo. Dicha transición es pasar *dentro*. Una vez lograda la transición, ya usted no se encontrará fuera de la habitación, sino dentro de ella. La palabra en griego para ello es *en*.

En los términos del Nuevo Testamento, nosotros estamos "en Cristo" porque por fe hemos pasado adentro de Él y Él ha pasado adentro de nosotros. Ese es el más glorioso de todos los matrimonios, el matrimonio resultado de la unión del alma con Cristo.

Nuestra unión con Cristo constituye la base para la unión unos con otros. Si yo estoy en Cristo y Él está en mí, y usted también está en Cristo y Él está en usted, entonces es obvio que ambos estamos unidos a Cristo. Todos los que están unidos a Cristo también están unidos entre sí. Es por esto que a la iglesia se le llama el cuerpo místico de Cristo y la comunión de los santos.

A pesar de lo maravillosa que es la comunión de los santos, no es digna de compararse con la comunión con Cristo. Dicha comunión con Él es la base para nuestra *comunicación* con El en la oración.

Las personas con problemas matrimoniales presentan con frecuencia problemas en la comunicación. Una esposa podría decir: "Mi esposo ya ni me habla". Cuando hay problemas de comunicación, falla la comunión básica entre dos personas.

Los matrimonios usualmente no comienzan así. Con frecuencia, las parejas se comunican bien durante el cortejo. Mi esposa y yo estuvimos de novios más de ocho años antes de casarnos. Durante seis de dichos años asistimos a diferentes escuelas. Yo le hacía llamadas de larga distancia todos los días y le escribía una carta cada noche. Ella también me escribía todos los días. Queríamos mantener una comunicación estrecha. Yo no hacía aquellas llamadas o escribía las cartas por obligación, sino por deseo. Nuestras cartas no eran periódicos; eran cartas de amor. Eso es la oración: Comunicación entre los que tienen una relación de amor con Cristo. Que gran privilegio tenemos.

LA ORACIÓN ES UN MEDIO DE GRACIA

Oramos no solo porque es nuestro deber y privilegio, sino también porque la oración es un poderoso medio de gracia. Es decir, Dios utiliza la oración para hacer que su voluntad se cumpla.

¿Puede la oración cambiar las cosas? Tenemos que responder con un sí rotundo. La oración nos cambia a *nosotros* y cambia las *cosas*. Santiago 5:13-18 nos enseña que:

¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. Elías era hombre sujeto a pasiones

semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto.

El pasaje anterior nos enseña que "la oración eficaz del justo puede mucho". "Puede mucho" significa *tener un efecto significativo*. La oraciones *eficaz*. Tiene *verdadero poder*.

El poder de la oración es un *medio* que Dios utiliza para que sus *finés* se cumplan. Al igual que Dios utiliza la predicación del evangelio como el poder de salvación, asimismo utiliza el poder de la oración para llevar a cabo la redención. Nuestras oraciones no pueden obligar a Dios a hacer nada, pero Él las utiliza como su propio instrumento para llevar a cabo su voluntad.

Mónica fue la madre de San Agustín. Mónica era una cristiana devota y se encontraba profundamente afligida a causa de su hijo díscolo, quien era un joven no convertido y desenfrenado en el pecado. Mónica oraba con lágrimas día tras día por la conversión de su hijo. En una ocasión, ella visitó a su pastor, el famoso obispo Ambrosio de Milán, en busca de consuelo y cierta seguridad de que sus oraciones no eran en vano. Ambrosio intentó consolarla con una pregunta retórica: "Mónica, ¿hay alguna posibilidad de que se pierda a un hijo por el cual se han derramado tantas lágrimas?"

Ambrosio esperaba que la respuesta fuera: "No". Él asumió que cualquier hijo por quien su madre orara tan fielmente de seguro terminaría entrando en estado de gracia. Yo no estoy de acuerdo. Las oraciones llenas de lágrimas de una madre afligida no garantizan la conversión del hijo, aunque las probabilidades de que ocurra son

altas. Al menos son tan altas que podemos encontrar gran consuelo en esto. Puede que yo predique con gran pasión y lágrimas y sin embargo, nadie se convierta. Pero sé que finalmente, la Palabra de Dios no regresará a Él vacía, y de la misma manera, las oraciones de su pueblo no se desperdician nunca. Las oraciones surten efecto, y esto es un tremendo incentivo para orar.

¿CÓMO DEBEMOS ORAR?

Recordemos que la petición que el maestro Peter le hizo a Martín Lutero no fue que le enseñara *para qué* orar, sino *cómo* orar. Esa es la cuestión más importante. A menudo, pastores y maestros exhortan a congregaciones enteras a actuar de cierta manera porque ese es su deber, pero olvidan enseñarles como hacerlo.

La cuestión del *cómo* es lo que motivó a los discípulos a pedirle a Jesús que los enseñara a orar. Es obvio que ellos habían notado una relación entre el extraordinario poder de Jesús y su vida de oración. Jesús respondió a su petición dándoles, y dándonos, lo que llamamos el padrenuestro:

Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. Y les dijo: Cuando oréis, decid:

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal. (Le. 11:1-4)

UN MODELO PARA LA ORACIÓN

El padrenuestro es un modelo. No solo nos brinda una oración para orar, sino también un patrón a seguir en la oración. Tome en cuenta, por ejemplo, la primera frase. La oración comienza dirigiéndose de manera personal a Dios, donde se le llama "Padre". Esto constituyó algo radical en la época de Jesús ya que los judíos no se dirigían a Dios como "Padre". Y Jesús, además de llamarlo constantemente "Padre", nos invita a que hagamos lo mismo.

La primera petición es que el nombre de Dios sea considerado sagrado. A partir de ahí, Jesús pasa a pedir que el reino de Dios triunfe. Debemos orar porque ese reino venga a nosotros y se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo.

A menudo me pregunto si existe alguna relación lógica entre la primera petición del padrenuestro y las dos siguientes. Si es así, significa que hasta que el nombre de Dios no sea considerado sagrado, no podremos esperar que su reino venga a nosotros ni que su voluntad se haga en la tierra como en el cielo, donde Dios está rodeado de serafines que cantan sin cesar: "Santo, santo, santo".

Por consiguiente, debemos comenzar nuestras oraciones haciendo en reverencia ante nuestro Dios, reconociéndolo como nuestro amoroso Padre celestial.

CENTRARSE EN EL REINO

Al igual que el padrenuestro hace énfasis en el reino de Dios y su gloria, nuestras oraciones deben hacerlo también. Esto significa orar por encima de las circunstancias y de nuestras necesidades, considerando todos los aspectos y orando que la obra de Dios se haga en el resto del mundo.

Hace poco tiempo, Archie Parrish condujo un seminario en nuestra iglesia, durante el cual nos agrupó en "cinco

equipos". Cada equipo formado por cuatro personas que se ven a menudo para alentarse mutuamente en la disciplina de la oración. Durante los primeros tres meses, cada equipo acordaría orar quince minutos cada día. En los segundos tres meses, el tiempo diario que se le dedica a la oración aumentaría a treinta minutos. Cada tres meses el tiempo aumentaría quince minutos hasta que los guerreros de la oración lleguen a orar sesenta minutos diarios. Actualmente contamos con más de sesenta personas en nuestra congregación poniendo el plan en práctica.

Además, todos los miembros de la congregación prometieron orar por mi familia y por mí en cada comida. Para mí es una bendición extraordinaria, como lo sería para cualquier pastor: Recibir el apoyo que tanta oración de la congregación me brinda. Creo que una iglesia donde se ora siempre será una iglesia eficaz.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS

A manera de guía práctica para esta empresa de orar, Archie publicó un pequeño folleto en que comenta la obra de Lutero *A Simple Way to Pray* [Una manera sencilla de orar], Este pequeño libro, más que ninguna otra cosa con que me he tropezado, ha cambiado mi forma de orar. Lutero sugirió al maestro Peter que todos los días dedicara un tiempo a la oración. Ya que las presiones con frecuencia amenazan con afectar el tiempo que dedicamos a la oración, ayuda tener un horario establecido al respecto. Lutero también le sugirió, como hacía Jesús, que fuera a un lugar tranquilo, donde le fuera fácil concentrarse. Lutero le dijo: "La oración es como tu trabajo de barbero. Lo menos que quiero es que tengas la cabeza" en otra parte cuando tengo la cara llena de espuma y tú ya has sacado la navaja

y has comenzado a afeitarme. No quiero que pienses en las musarañas, no sea que termines degollándome".

Tal vez la sugerencia más útil que extraje del folleto de Lutero es la de orar "por medio" de tres cosas: El padrenuestro, los Diez Mandamientos y el credo apostólico. Hay una diferencia importante entre *orar* el padrenuestro, por ejemplo, y *orar por medio* del padrenuestro. Orar por medio del padrenuestro es centrar la atención durante un tiempo en cada una de las peticiones. Por ejemplo, en vez de simplemente orar: "Santificado sea tu nombre", podría decirse: "¡Ay, Señor!, vivimos en una época en que se reverencia y se honra tu nombre, pero también se profana. Haz que tu gloria sea latente para que nadie piense siquiera en arrastrar tu nombre por el lodo o en tratarlo como algo común y trivial. Deja que quede en nuestros labios y en nuestro corazón como muestra de nuestra adoración por ti. Dame gracia para siempre respetar tu sagrado nombre en mi corazón y con mis labios".

De la misma manera continuamos orando por las cosas que aparecen en el padrenuestro, los Diez Mandamientos y el credo apostólico. Oramos que no caeremos en alguna forma de idolatría al poner a otros dioses antes que a Él. En el credo, exaltamos la majestuosidad del que "hizo los cielos y la tierra". Esos tres elementos nos brindan un apoyo eficaz para nuestras oraciones.

Por lo general, las personas eluden la idea de pasarse toda una hora en oración. La cuestión está en no ser rígidos cronometrando el tiempo que dedicamos a la oración ni sentirnos culpables si no podemos orar. Lutero dijo que hubo veces en las que las preocupaciones del día lo habían acosado tanto que sencillamente ponía la cabeza en la almohada al final del día, oraba el padrenuestro, recitaba los Diez Mandamientos y el credo, y se dormía.

Otra forma sencilla de estructurar una oración es utilizando las iniciales ACAS. Las letras significan: *Adoración, Confesión, Agradecimiento y Súplica*. Yo utilizo dicha estructura para las oraciones pastorales en la iglesia. Nos mantiene centrados en los elementos vitales que toda oración debe tener. Muy a menudo, las oraciones se limitan a apelaciones personales por cualquier bendición que quisiéramos recibir de Dios, o a peticiones por nuestros amigos y parientes. Esto lo aprendemos a muy temprana edad, cuando oramos: "Dios, bendice a mami y a papi, a mi hermana, a mi hermano, a abuelita...", y otras semejantes. Claro que es bueno orar por la familia, los amigos y todo el que lo necesite, pero tenemos que entender que la oración es más que súplica e intercesión.

Confieso que me sorprendió la respuesta que Jesús dio a sus discípulos cuando le pidieron que los enseñara a orar. Yo esperaba que Él dijera algo así: "Si quieres dominar el arte de la oración, estudia los Salmos —oraciones inspiradas por el Espíritu Santo— a fondo". O pudo haberles orientado las oraciones ya recogidas de santos como Ana o Nehemías. En su lugar, les dio un modelo para comunicarse con Dios que ha inspirado, consolado y fortalecido a los cristianos por miles de años.

Ya sea que utilicemos como modelo el padrenuestro, los Diez Mandamientos, el credo apostólico, ACAS o cualquier otra cosa en general, lo importante es que *oremos*. En lo personal, yo siempre le estaré agradecido a aquel barbero de Wittenberg por haberse atrevido a pedirle al Dr. Martín Lutero que lo enseñara a orar. Gracias a su petición y a la sencilla respuesta de Lutero, multitudes han alcanzado una más profunda vida de oración.

LA ADORACIÓN

El padre de los dos chicos estaba muy orgulloso. Una cosa es que uno de tus hijos siga tus pasos, y otra muy diferente es que lo hagan dos. El padre era pastor, y ahora veía la ordenación de sus hijos al mismo ministerio.

Los jóvenes pastores eran celosos con su trabajo. Decidieron experimentar, agregar algo nuevo al culto de adoración. Lo que sucedió distó mucho de lo que ellos esperaban. Dios no solo desaprobó las innovaciones, sino que mostró su desaprobación matándolos a los dos en el acto. Este terrible acontecimiento está registrado en Levítico 10:1-3:

Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová. Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo:

En los que a mí se acercan me
santificaré,
y en presencia de todo el pueblo seré
glorificado.

Y Aarón calló.

Este nefasto episodio de la historia del antiguo Israel deja algo bien claro: *La adoración del Dios vivo es algo muy serio*. No es algo con lo que se pueda jugar o tomar a la ligera. Dios toma muy en serio la manera en que lo adoramos, y nosotros también debemos tomarlo del mismo modo.

En la década de los años 20, Babe Ruth fue invitado a ir a Londres a visitar al rey de Inglaterra. Como parte de los preparativos para la audiencia con el rey, Ruth recibió instrucciones acerca del protocolo de la corte. Le explicaron qué pasos seguir cuando lo condujeran ante la presencia de su majestad. Después de todos los consejos y la preparación, cuando llegó la hora, Babe Ruth avanzó y sencillamente dijo: "¿Qué tal, rey?", desatando prácticamente una crisis diplomática.

Yo tuve un choque cultural cuando me alisté en la Universidad Libre de Ámsterdam, en Holanda y asistí a mi primera clase con el profesor G. C. Berkouwer. El Dr. Berkouwer entró por la puerta lateral e inmediatamente todos los estudiantes se pusieron de pie. Caminó en dirección al podium, asintió y los estudiantes se sentaron. Abrió su libreta y procedió a dar la conferencia sin interrupciones. Ni un estudiante se atrevió a levantar la mano para hacer una pregunta. Al final de la conferencia, cerró el libro y se volvió en dirección a la puerta. Al mismo tiempo, los estudiantes se volvieron a poner de pie mientras él salía. Así mostraban las personas respeto al clero o los profesores.

Jamás olvidaré la vergüenza que pasé en un día inusualmente caluroso. Estaba sentado hacia el final del anfiteatro. Tenía tanto calor que me quité el sobretodo. (Siempre teníamos que vestirnos con sobretodo y corbata.) Me quité la chaqueta y las puse en el borde de la silla,

momento en que el Dr. Berkouwer se detuvo en medio de una oración, me miró fijamente y me dijo: "Por favor, ¿podría el norteamericano volverse a poner el sobretodo?" Aún no me conocía, pero sabía que tenía que ser estadounidense. Solamente un estadounidense se hubiera atrevido a insultarlo quitándose el sobretodo en presencia del profesor.

Esto es algo de lo que tenemos que estar alertas en nuestra cultura. Nosotros proclamamos nuestra independencia de la monarquía y mostramos muy poco respeto por los soberanos. No sabemos mucho acerca de rendir homenaje. No conocemos el "protocolo de la corte", en particular cuando estamos en presencia de nuestro Rey.

EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

Nuevamente recordamos la conversación que sostuvo Jesús con la mujer en un pozo de Sicar, cuando hablaron de dónde había que adorar a Dios (Jn. 4). Jesús dijo que la hora había llegado y que ahora era cuando había que adorar a Dios *en espíritu y en verdad*. Cuando Jesús dice que el verdadero adorador debe adorar a Dios en espíritu y en verdad, está obviamente haciendo una distinción entre adoración *verdadera* y adoración *falsa*.

La mujer estaba preocupada acerca del *lugar* donde adorar, pero Jesús le dijo que Dios es omnipresente, por lo tanto podemos adorarlo en cualquier parte. El problema al que Jesús se refiere es que a veces las personas muestran su adoración de manera *física*, pero para nada la sienten de manera *espiritual*. Jesús dice que Dios se siente complacido con las personas que lo adoran con todo su corazón y con quienes se deleitan en honrar a Dios con adoración sincera, de corazón.

El salmista dice: "Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos" (Sal. 122:1). La adoración espiritual la ofrecen las personas que se deleitan en honrar a Dios, en orar a Dios, en escuchar a Dios con toda su mente ocupada en la Palabra de Dios.

La adoración que Dios encuentra complaciente y aceptable es la que se ofrece en *verdad*. Vivimos en una época que menosprecia la importancia de la verdad y que hace énfasis en la camaradería y las experiencias emocionales. La verdad significa dirigirse a quién Dios es realmente, y Dios se revela en mayor grado en Jesús, quien dijo: "Yo soy la verdad" (vea Jn. 14:6). ¿Cómo puede alguien decir que ama a Dios pero que no le interesa la verdad? Escucho a personas decir: "Las doctrinas nos dividen". Por supuesto que las doctrinas nos dividen, pero también nos unen. Une a los que aman la verdad, los que aman la verdad de Dios, los que están dispuestos a adorarlo de acuerdo con la verdad. Dios quiere que las personas lo adoren con el corazón y con una mente que sepa quién es Él por su Palabra.

A lo largo de las Escrituras, Dios nos ordena que nos presentemos ante Él, que nos acerquemos a Él. Por eso adoramos. Es un privilegio increíble. Y también es la primera consecuencia de nuestra justificación. Según Romanos 5:1-2: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios".

Ahora, se le permite a todo cristiano presentarse ante Dios mismo. Ya no hay pared que lo separe. Ya no es solo

el sumo sacerdote el que puede ir una vez al año después de un complicado ritual de limpieza. Todos los creyentes están invitados ahora a acercarse a la inmediata presencia de Dios. No tenemos que ser sacerdotes para esto. Y no es solo eso, Hebreos 4:16 dice que podemos acercarnos *confiadamente* ante su presencia.

Pero existe una diferencia entre acercarnos *confiadamente* ante la presencia de Dios y acercarnos *con arrogancia*. Cuando nos presentamos *confiadamente* y nos acercamos a Él, debemos recordar siempre que debemos tratarlo como sagrado. Jesús habló a sus discípulos acerca de su generación: "Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí". Lo que Jesús quiso decir es que cuando nos acercamos a El que es santo, este reconocimiento no puede ser solo de labios, tiene que ser del *corazón*.

LA PREPARACIÓN

Recordemos las asombrosas circunstancias de la entrega de la ley en Éxodo 19. Dios llamó al pueblo a prepararse para presentarse ante Él o *acercarse* a su presencia, pero no de hecho en la montaña dónde Él hablaría con Moisés. Éxodo 19:10 plantea: "Y Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos". Dijo: Quiero que el pueblo, antes de que se acerque a mí, esté *listo* para acercarse a mí, *se prepare* para acercarse a mí.

El culto de nuestra iglesia comienza a las diez y treinta de la mañana. A las diez y veinte apagamos las luces y comienza en preludeo. Esa es nuestra señal para que todos se preparen para adorar. Dios dio dos días a Israel para que estuviera listo, para que se preparara. Él les exigió que lavaran las ropas, que estuvieran listos para el tercer día. "...porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo

el pueblo sobre el monte de Sinaí" (Éx. 19:IIb). Eso es anuncio raro. Si yo dijera a mi congregación que dentro de tres días Dios se va a hacer visible y ellos supieran que es cierto, y Dios quisiera que lavaran sus ropas para la ocasión, estoy seguro de que lo harían.

...porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí. Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocara el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá. Cuando suene largamente la bocina, subirán al monte. Y descendió Moisés del monte al pueblo, y santificó al pueblo; y lavaron sus vestidos. (19:IIb-14)

Entonces, en el versículo 16 podemos leer:

Aconteció que al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento.

Cuando sonó la trompeta y llegó el momento de acercarse, todos en el campamento temblaron. Desdichadamente, así no es como algunas personas adoran ya. Muchos han olvidado cómo temblar ante Él, no lo consideran sagrado. Los versículos 17 al 22 continúan:

Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había

descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera. El sonido de la bocina iba aumentando en extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante. Y descendió Jehová sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y llamó Jehová a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió.

Y Jehová dijo a Moisés: Desciende, ordena al pueblo que no traspase los límites para ver a Jehová, porque caerá multitud de ellos. Y también que se santifiquen los sacerdotes que se acercan a Jehová, para que Jehová no haga en ellos estrago.

Una y otra vez Dios invita a las personas: "Vengan... acérquense... *Pero los que se me acerquen me considerarán sagrado.* Que vengan los sacerdotes, pero solo después que se hayan consagrado, solo después que se hayan preparado para estar ante mi presencia".

Finalmente, echemos una ojeada a las instrucciones parecidas que aparecen en el Nuevo Testamento, en Hebreos 10:19: "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo...", no solo al Lugar Santo, sino al Lugar Santísimo, "...teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo..." El velo al que se hace referencia y que consagraba el acceso a Dios no es el velo que colgaba en el templo. El velo que colgaba en el templo era el que ocultaba la gloria de Dios de los humanos. Pero el día de la crucifixión de Cristo, el velo del templo se rompió y la carne de Cristo pasó a ser el velo que escondía su gloria divina, la gloria que irrumpió en el monte de la transfiguración, cuando la gloria de Jesús

no pudo ser contenida dentro de su carne. A eso se refirió Pedro cuando dijo: "...habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad... cuando estábamos con él en el monte santo" (2 P. I:16b, 18b).

Cristo "nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero" (He. 10:20b-22a). En Israel, la obra del sumo sacerdote hizo posible que las personas fueran limpiadas y se acercaran al lugar de la reunión en el tabernáculo y más tarde en el templo. Pero ahora tenemos a un Sumo Sacerdote que no solo va al tabernáculo terrenal, sino que ha entrado en el tabernáculo celestial. Se presenta ante el Padre mismo, por nosotros, como Mediador nuestro, como nuestro Sumo Sacerdote. Gracias que lo tenemos a Él, a nuestro propio Sumo Sacerdote en la Casa de Dios, "acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura" (10:22).

Nadie quiere presentarse ante Dios sin tener la conciencia limpia. El pecado es una de las razones por las que queremos mantenernos alejados a una distancia prudencial de Él. Es tan antigua como el Huerto del Edén. Después de aquella primera trasgresión, cuando Dios entró al Huerto, lo último que Adán y Eva querían experimentar era la cercanía de Él. En vez de correr hacia Él a saludarlo y abrazarlo como habían hecho antes, corrieron a esconderse. Buscaron cubierta para evitar la cercanía de Dios.

Sin embargo, el Nuevo Testamento nos dice que nos acerquemos a Él con fe firme, con toda confianza *porque tenemos la conciencia limpia.* Pero si no estamos al día con

Dios, no nos sentiremos cómodos al acercarnos a Él. Todo cristiano lo experimenta.

Pero ya hemos "...purificado los corazones de mala conciencia, y lavado los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió" (He. 10:22b-23). Leemos la ley y esta nos condena. Pero la ley también señala al evangelio. Aunque en la mente de cada uno de nosotros resulta fácil entender el evangelio, no es fácil *creer que realmente* somos justificados ante los ojos de Dios gracias a la justicia de Cristo *solamente*. El nos cubre con el manto de su justicia, así *su perfección cubre nuestros pecados*. Esto es lo que nos permite estar en presencia de Dios. De otra manera, Dios no quisiera ni vernos.

LA CONGREGACIÓN

Hebreos 10:24-25 continúa de la siguiente manera: "Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras" —*preste atención*— "no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre..." Algunos cristianos no cumplen en congregarse, en reunirse en la comunión de los santos. Las encuestas arrojan que en un domingo cualquiera en las iglesias más fervientes de los Estados Unidos se ausenta al menos el veinticinco por ciento de la congregación. Parte de ellos a causa de enfermedades, otros porque se encuentran de vacaciones o fuera de la ciudad. Pero también sucede porque a veces las personas no tienen ganas de ir.

Si no tenemos deseos de ir a la iglesia, tenemos que ir de todas maneras. Es un privilegio acercarnos a Dios y adorarlo junto a otros creyentes, pero también constituye un deber sagrado. Sería completamente negligente si no le dijera que

Dios toma la adoración muy, muy en serio. Hemos recibido la advertencia para que no incumplamos con nuestras reuniones. Así que si al levantarnos no tenemos deseos de ir a la iglesia y preferimos irnos a la playa, debemos decirnos a nosotros mismos: "Un momento, si yo hago esto, estoy incumpliendo con el Dios que redimió mi alma del fondo del pozo. Me voy a la iglesia". Probablemente ese sea el día en que Dios derrame su gracia sobre nosotros.

LA EXHORTACIÓN

El pasaje también dice: "...sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca" (v. 25b).

Exhortarse los unos a los otros, darse aliento los unos a los otros. He ahí la clara advertencia de las Escrituras. Y nuevamente tenemos dos caras de una misma moneda: *Acércate*, dice Dios. Acércate a mí y yo me acercaré a ti.

Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar. (Is. 55:6-7)

Cuando vamos a la iglesia el domingo por la mañana, disfrutamos de la comunión. Nos beneficiamos del aliento que recibimos al estar con amigos que oran por nosotros, que también se encuentran en un peregrinaje espiritual. En el Nuevo Testamento, la comunión formaba parte importante de los domingos para los cristianos. Pero la razón *primera* para estar en la iglesia es adorar al Dios vivo, por esto nuestro sentir debe ser de reverencia y adoración para con su majestad trascendental. Aquí no hay nada

común. Atravesamos la puerta. Pasamos por debajo del umbral. Llegamos ante su presencia. Sabemos que Dios no está restringido al edificio, pero ese es un momento sagrado que Dios ha apartado y lo ha declarado hora santa de visita entre El y su pueblo. Nos presentamos ante su magnífica presencia. Por un rato, dejamos a un lado las preocupaciones de este mundo y nos centramos en Dios. El púlpito no es lugar para la psicología popular. El púlpito es un lugar donde se proclama la Palabra de Dios, no la opinión del pastor. Las personas van a escuchar la Palabra de Dios. Es responsabilidad del pastor asegurarse que lo que se escuche desde púlpito sea la Palabra de Dios. Ahí está la fuerza. Ahí está la verdad. Eso es lo que con tanta desesperación todos necesitamos escuchar, y más de una vez por semana. Así que, vamos a escuchar y a reaccionar de manera que honremos a Dios, de manera que honremos su Majestad, de manera que las personas sientan que están en presencia de El Santo.

LA GLORIFICACIÓN

El principio que trasciende las épocas es que lo que hacemos los domingos por la mañana debe contribuir al sentimiento de la insuperable majestad de Dios. "...Y en presencia de todo el pueblo seré glorificado" (Lv. 10:3b). La *palabra gloria* en el Antiguo Testamento es la palabra hebrea *kabod*. Su raíz significa exactamente "aquello que pesa". *Kabod* se refiere al peso de Dios, su dignidad trascendental y eterna, que exige respeto inmediato y homenaje de cada una de las criaturas. Nadie debe estar en presencia del Dios de gloria de manera irrespetuosa y arrogante. Si en verdad comprendemos quién es Dios y que estamos en su presencia, nos postraremos hasta el suelo cuando estemos

ante Él, brindándole así el honor y la magnificencia que Él se merece.

Aquí hablamos del Dios soberano del universo, ante el cual las naciones tiemblan. Si no aprendemos a honrarlo ahora, ciertamente temblaremos luego ante Él. La lección de Nadab y Abiú debe llevarnos a reflexionar de manera seria y cuidadosa acerca de cómo adoramos a Dios.

Dios quiere que las personas lo adoren con el corazón y con una mente que sepa quién es Él por su Palabra. La adoración que honra a Dios debe ser en espíritu y en verdad.

EL SERVICIO

Tiene noventa y ocho años, a punto de sobrepasar la marca de la centuria. Durante años, mi suegra ha hecho reír a nuestra familia con divertidas anécdotas acerca de la vida en una granja en la región central de los Estados Unidos antes de que existieran los automóviles, los aviones, la electricidad y antes de que la plomería estuviera dentro de las viviendas. Sus historias, contadas con una cara sonriente y ojos refulgentes, cautivan a mis nietos con una vida que a ellos les parece de otro planeta. Trineos tirados por el caballo de la familia, visitas al excusado en medio de la noche, sin televisión, ni radio, ni computadora.

Pero ya las historias cesaron. La cara es ahora pálida y sombría. El brillo ya ha abandonado sus ojos. Múltiples isquemias temporales y una trombosis cerebral la han convertido en la sombra de la que solía ser. Todavía es "abuelita", pero ahora son quienes la cuidan las veinticuatro horas del día los que dirigen su vida. Vive en nuestra casa. Todavía se sienta con nosotros a la mesa, pero no puede alimentarse por sí misma. La mayoría de sus palabras son incoherentes.

Resulta triste ver como se debilita día tras día. Aunque es alentador ver el cariño y la ternura que recibe del personal que la cuida. Dos de ellos escuchan mi programa radial, *Renewing the Mind* [Renovar la mente]. Ambas mujeres son encantadoras. Me contaron que la

fe cristiana tenía un efecto positivo en su labor, porque cuidar enfermos es un verdadero ministerio. Mientras las observaba atender minuciosamente las necesidades de mi suegra día tras día, me di cuenta de que estaba presenciando un modelo de servicio bíblico en acción.

Las cinco acciones que estamos viendo en el presente libro son todas *medios de gracia*. Un medio de gracia es un instrumento que Dios utiliza para fortalecernos y cuidarnos a medida que crecemos conforme a Cristo. No siempre pensamos en el servicio como medio de gracia, sino que *crecemos* en la medida en que *servimos*. Mientras más seamos capaces de servir en el reino de Dios, más nos pareceremos a Cristo. Igual pasa con quienes cuidan enfermos sin recibir remuneración. Yo podía ver lo que estar en una profesión que es un ministerio de servicio estaba haciendo por su crecimiento cristiano. Todos los creyentes están llamados a ser siervos de Dios. No tenemos que ser necesariamente siervos *profesionales* o siervos *asalariados*, pero cada uno de nosotros debe involucrarse en algún tipo de servicio a Dios y a su pueblo. Una de las vías para servir a Dios es servir a su pueblo. Dicho tema aparece a lo largo de las Escrituras.

Piense por un minuto acerca de los primeros ejemplos al respecto que aparecen en el Antiguo Testamento, el éxodo. La historia de Éxodo comienza con el pueblo de Israel formando la servidumbre de un amo extranjero.

Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José; y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo

guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros, y se vaya de la tierra. Entonces pusieron sobre ellos comisarios de tributos que los molestasen con sus cargas; y edificaron para Faraón las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramesés. Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel. Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza, y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban con rigor. (Éx. 1:8-14)

Se nos dice que cuando Dios se apareció ante Moisés, le dijo: "...He escuchado el clamor de mi pueblo..." y quiero que vayas donde Faraón y le digas a Faraón que yo digo que deje ir a mi pueblo.

Esta historia resulta bastante irónica. La acción redentora de Dios comienza cuando Él escucha el clamor de su pueblo quejándose por el peso de la esclavitud que le impuso el cruel tirano, el Faraón de Egipto.

Sin embargo, Dios hizo más que solo escuchar el clamor, emprendió acción para liberarlos de Faraón. Se apareció ante Moisés en la zarza ardiente, llamándolo a hacer frente a Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel. Ponga atención a las palabras de Dios:

Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel,

a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo. El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? (Éx. 3:7-11)

La ironía es la siguiente: Vemos *de qué* Dios redime a su pueblo, pero no pase por alto *para qué* Dios lo redime. Él saca a su pueblo de Egipto, lo libra de la esclavitud, pero no para que fueran autónomos o para que hicieran lo que les viniera en gana. Él saca a su pueblo de Egipto para que *sirvan a Dios*:

Y él respondió: Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte. (Éx. 3:12)

Los israelitas fueron llamados a *dejar de servir* a Faraón para *comenzar a servir* a Dios. El verdadero sentido del libro de Éxodo del Antiguo Testamento es funcionar como una figura para prepararnos para el último éxodo que se lleva a cabo en el Nuevo Testamento por medio de nuestro Salvador, Jesús. Cristo viene no a sacarnos de Egipto, sino a liberarnos del yugo de Satanás. Sin embargo, cuando Cristo nos libera de dicho yugo, experimentamos un cambio de señor. Entonces, Él nos llama a ser *sus* siervos. Tenemos que ser siervos en cierto sentido. El único problema es ¿de quién? Jesús mismo dijo: "Ninguno puede

servir a dos señores" (vea Mt. 6:24). Podemos servir a Satanás, podemos servir a los intereses de este mundo, o podemos servir al Dios vivo y ser siervos de Cristo. Es extraordinario que la descripción preferida de Pablo para sí mismo es *doulos* o esclavo — alguien a quien se compra por un precio — y nos dice que no somos nuestros dueños, sino que fuimos "comprados por precio" (I Co. 6:20). Pertenecemos a aquel que pagó por nosotros, que nos redimió, y ahora se nos llama a servirle.

El concepto de servir está profundamente arraigado en el Antiguo Testamento. Lo vemos en la conmovedora historia sobre lo que sucedió en Siquem en la postrimería de la vida de Josué. Reunió al pueblo a fin de que renovaran su juramento al pacto que habían hecho con Dios. Josué 24:14 dice: "Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río y en Egipto; y servid a Jehová". El le dio al pueblo este mandato: "Han estado sirviendo a las cosas equivocadas: Las deidades cananeas, los ídolos paganos. Quitad esos dioses y servid a Jehová con integridad y en verdad".

¿No le toca eso una fibra sensible? ¿Se acuerda de las enseñanzas de Jesús a la mujer de Sicar? (Jn. 4). Podemos leer que Dios está buscando a los que lo adorarán en espíritu y en verdad. Lo que Jesús le dice a la mujer samaritana, se lo dice Josué a todas las personas reunidas: "Servidle con integridad y en verdad". Y luego sigue diciendo: "Y si mal os parece servir a Jehová" — si no quieren servir al Señor—, "escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová". Ese debe

ser el compromiso y el lema de todo cristiano: "Yo y mi casa serviremos al Señor con inquebrantable devoción".

El servicio, sin embargo, no ocupa un lugar prioritario en nuestra lista de cosas a disfrutar. En nuestra cultura, luchamos contra la figura y la función del siervo. Lo consideramos una degradación.

Hace muchos años, cuando yo estaba en el seminario, tuve una revelación acerca de lo que yo opinaba acerca de lo que significaba servir. Durante unas vacaciones de verano, trabajé en el departamento de mantenimiento de un hospital grande en Pittsburgh. Una de mis tareas era limpiar las áreas de estacionamiento todas las mañanas, barriendo las colillas de cigarro y la basura dejadas atrás la noche anterior. Limpiaba los estacionamientos y la calle frente al hospital, así como el estacionamiento del dormitorio de los estudiantes de enfermería.

Cuando yo estaba en la escuela secundaria, existía una "jerarquía" bien definida de graduados. Primero estaba la "élite" que ingresaba en la universidad. El siguiente nivel del escalafón lo ocupaba el grupo que matriculaba en la escuela de enfermería. Ya que yo me había graduado de la universidad y estaba ahora haciendo estudios de posgrado, pertenecía a la flor y nata intelectual. Pero durante el verano, me encontré empuñando una escoba. Cuando las alumnas de enfermería salían de sus dormitorios, yo las saludaba. El momento de revelación llegó cuando, con los gorros en alto, levantaban las narices y pasaban por mi lado como si yo fuera invisible. Era degradante para ellas dirigirme la palabra porque yo era un humilde servidor que barría el estacionamiento. Nunca olvidaré esa experiencia. Quería decirles: "¡Esperen! No entienden. Yo soy graduado universitario. Ustedes solo están en la escuela de

enfermería. Ustedes no entienden lo que es jerarquía". No me gustaba que me trataran como a un servidor. Recuerdo cómo después batallé con eso y pensé: *Se supone que seas cristiano y aquí estás, disgustado porque te consideran un sirviente*. Sin embargo, Jesús mismo dijo: "No vine para ser servido, sino para servir" (vea Mt. 20:28). Y le transmitió ese legado a todo su pueblo.

Los discípulos de Jesús también batallaron con la condición de siervo:

Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos. (Mt. 20:25-28)

Los discípulos no entendieron la definición de Jesús sobre la grandeza. Por esto Él les dijo: "El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor". Este mandato no se lo dio solo a doce personas. Se lo dio a todo el reino de Dios. La ley del Rey es que debemos imitarlo y ser siervos.

En el Nuevo Testamento, los apóstoles tuvieron que cargar con un peso en particular que les costó la vida. Recibieron la orden de Cristo de salir al mundo a predicar el evangelio. Y esa fue su misión, a los judíos primero y a los gentiles después. No obstante, para que la iglesia pudiera cumplir su misión de predicación, había que atender una serie de tareas menores, como servir a las mesas.

En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria. Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra. Agradó la propuesta a toda la multitud. (Hch. 6:1-5a)

Cada creyente está llamado al ministerio. Estamos llamados a asegurarnos que todas las tareas del reino se lleven a cabo: Que se ministre a los pobres, que se proclame el evangelio, que se enseñe la Palabra de Dios y que se ore. Pero esto no significa que todo el mundo esté llamado a ser un evangelista, un predicador o un maestro. El Nuevo Testamento enseña que Dios les da a todos los cristianos un don para usarlo al servicio de Cristo. Si su don es la enseñanza, entonces enseñe; si es el evangelismo, entonces evangelice. Si su función es la de cuidar a los enfermos, entonces cuide a los enfermos. Pero cada uno de nosotros está llamado a desempeñar su papel, garantizando así que se cumpla todo el ministerio.

Lucas 17 registra cómo los discípulos se presentaron ante Cristo a pedirle un aumento. Pero no un aumento de sueldo. Lo que querían elevar era su fe. Evidentemente vieron el vínculo entre la fe del Señor y su poder. Fíjense cómo Jesús responde a su petición:

Dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe. Entonces el Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarraígate, y plántate en el mar; y os obedecería. ¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírreme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos. (Lc. 17:5-10)

Qué manera más rara la de Jesús de responder a su solicitud. Les cuenta una historia sobre unos siervos que vuelven del campo después de terminar su faena. Y Jesús dice: "¿El amo les dice a sus siervos: 'Qué buen trabajo hicieron. Siéntense, coman, beban, diviértanse'? ¿O dice: Ahora deberán prepararme la comida. Pongan la mesa. Sírvanme. Y cuando hayan terminado con todas sus tareas, entonces pueden ir a comer y beber'?" Aquí Jesús nos enseña sobre la condición de siervo. Quizá la verdad más importante que podemos aprender de esto es que nosotros, que somos sus siervos, somos siervos *inútiles*.

Cuando Jesús dice que somos siervos inútiles, no quiere decir que nuestro servicio no tiene valor. Jesús con frecuencia les pedía a sus discípulos que fueran productivos. Cuando El dice que somos siervos inútiles, quiere decir que no "ganamos puntos" o recibimos méritos por nuestro servicio. Jesús dice que eso no es posible (Lc.

17). En primer lugar, ¿qué pudiera yo hacer que no sea lo que Dios exige de mí? Recuerde que Él nos ordena que seamos perfectos y la perfección no se puede mejorar. Ni siquiera podemos esperar alcanzar esa meta.

Para empezar, yo no tengo "beneficios" propios porque no gano nada por hacer lo que me corresponde. Por eso es que nuestra redención es mediante la *gracia* y solo mediante *la gracia*. Lo único que yo tengo para poner ante Dios —que es, hablando con propiedad, mío— es mi pecado. Lo único que me puede redimir no son *mis* obras, sino la obra que *Cristo ha hecho por mí*. El vino voluntariamente a hacer la voluntad del Padre y someterse a la ley por nosotros. Él y solo Él, es un siervo útil.

Si servimos tratando de ganarnos la entrada en el reino de Dios, nos estamos engañando. La motivación del servicio cristiano es la *gratitud*, no la de ganarse la salvación. El servicio es una forma de gracia, de lograr nuestra dependencia de la gracia y crecer en esa gracia. Mi amigo John Piper les ha abierto los ojos a las personas sobre un concepto de vital importancia para nuestra fe cristiana: La alegría de rendirle obediencia a Dios. John dice que la motivación de nuestra obediencia no debe ser simplemente un sentido abstracto del deber. (Creo que a veces sí tenemos que obedecer por una cuestión de deber, que es mejor que la desobediencia. Hay veces que no nos gusta tener que obedecer y no podemos esperar a tener deseos de hacerlo.) John tiene razón: Obedecer a Dios debe constituir un deleite, motivado por la alegría de todo lo que Él ha hecho por nosotros, no por obligación o como un medio de alcanzar el cielo.

Somos "siervos inútiles" en este mundo. Sin embargo, en el cielo, este mismo Cristo, que dice que todo lo que

estamos haciendo es lo que se nos ordena hacer, nos dice que Dios recompensará a su pueblo *conforme a sus oírás*. Debemos tener cuidado con la frase "conforme a". Esto no significa que nuestras obras se *ganen* la recompensa. Pero Dios en su gracia repartirá recompensas conforme a nuestro servicio, aunque nuestras obras no lo merezcan. Esta es una repartición misericordiosa de recompensas o como dijo San Agustín: "Coronando Dios sus propios dones".

En Lucas 19:12-27, Jesús da otra importante enseñanza sobre la condición de siervo:

Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver. Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo. Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros. Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. Él le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y también a éste dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Entonces él le dijo: Mal

siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse, y que siego lo que no sembré; ¿por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses? Y dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas. Ellos le dijeron: Señor, tiene diez minas. Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí.

Esta es una parábola de productividad. Jesús dice con respecto a la mayordomía, así como al servicio, que su pueblo está llamado a retrasar su gratificación. Estamos llamados a invertir en el futuro para que crezcan nuestras inversiones. Cuenta la historia del rico amo que tiene que partir, de igual manera que Jesús ha ascendido al cielo y nos ha dejado con los tesoros que tenemos durante su ausencia. Y qué dice Él? "Cuando regrese, espero que lo que les he dado haya aumentado su valor, que se haya hechos progresos porque los de mi pueblo han sido siervos productivos". Podemos ser "inútiles", pero eso no quiere decir que tengamos que ser *improductivos*. "Durmamos hasta tarde mañana, escondamos nuestros dones, de manera que cuando Él regrese, podamos decir: Aquí están los dones que nos diste. Nada les pasó. Están como los dejaste". Jesús dice: "Se los quitaré y se los daré al hombre que multiplicó los dones diez veces, que usó los dones que yo le di para el bien del reino".

Esta es una fuerte parábola sobre el servicio. Revela que una de las peores cosas que podemos hacer es malgastar

los dones que Dios nos ha dado. Esos dones nos son dados por Cristo, para su gloria y para su honor. Él es ante quien todos los habitantes del cielo echarán sus coronas junto al mar de vidrio (Ap. 4:6, 10). Toman sus dones y se los entregan a Cristo porque, en primer lugar, son suyos. Y eso es lo que debemos hacer con nuestro servicio. Debemos ser siervos productivos.

El apóstol Pablo amplía nuestras responsabilidades como siervos en I Corintios. 4:1-2: "Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel".

Un administrador en el mundo antiguo era alguien a quien se le daba la responsabilidad de administrar una casa. A esa persona se le encomendaban los bienes del dueño. El requisito principal del administrador era la lealtad. El administrador desleal era un sinvergüenza, alguien capaz de robarle al dueño. Y Pablo dice: "¿No se dan cuenta de que somos servidores y administradores de los misterios de Dios? Él nos ha encomendado esas cosas a nosotros".

Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios. (I Co. 4:3-5)

"Mi administración, mi servicio", dice Pablo, "no ha de ser juzgado por los hombres". El valor de mi administración

será juzgado por Cristo y no por los seres humanos; ni por ti, ni por mí mismo porque no puedo hacer una valoración exacta de mi propio servicio y obediencia. Ninguno de nosotros es capaz de leer el corazón de nadie. Solo el buscador de corazones humanos puede hacerlo. Es por eso que el servicio que debemos dar ha de ser al Señor y ante su escrutinio.

Nuestra condición de servidor no debe requerir supervisión, no debe necesitar que alguien esté mirando por encima del hombro para asegurarse que estamos trabajando. Nuestra tarea es la de *complacer a Cristo*, no actuar simplemente para recibir el elogio de los demás. Las personas que hacen todo lo posible por complacer no pueden ser verdaderos siervos de Cristo.

Con los ojos del mundo puestos en los bomberos, los policías y los equipos de rescate de pie entre los escombros de lo que fue el World Trade Center (Torres Gemelas) en el centro de Manhattan, vimos modelos de servicio desinteresado. Los bomberos que murieron en el rescate de las personas atrapadas en el World Trade Center el 11 de septiembre de 2001 no buscaban ser complacientes. Su servicio era auténtico.

A unas cuadras del centro de la explosión producida en las Torres Gemelas en la ciudad de Nueva York, se encuentra el lugar de reunión de la Redeemer Presbyterian Church [Iglesia Presbiteriana Redentor] uno de los más grandes ejemplos que hay de una iglesia que es todo un modelo de servicio. Esta iglesia, bajo la dirección de su pastor, Timothy Keller, ha tomado el concepto bíblico de servicio y le ha dado cuerpo. Ellos son pioneros del ministerio de la misericordia.

Para aquellos cristianos que desean tener indicaciones prácticas acerca de cómo servir, les recomiendo encarecidamente que no solo lean, sino que estudien el pequeño libro en inglés de Tim Keller titulado *Resources for Deacons* [Recursos para los diáconos]. Es el mejor manual de capacitación para el servicio que haya visto en mi vida. Ha sido publicado por la Presbyterian Church in America [Iglesia Presbiteriana en América].

El servicio cristiano no se limita a los presbiterianos o a los momentos de crisis. Es un llamado sagrado a todos los cristianos.

LA MAYORDOMIA

Corría el año 1947. Estaba muy emocionado. Estaba a punto de ver por primera vez un juego de béisbol de las ligas mayores. Mi tío me llevaba de la mano mientras subíamos por la rampa hacia nuestros asientos en Forbes Field. Desde nuestra posición ventajosa podía ver a los jugadores practicando en el césped. Podía ver las paredes cubiertas de hiedra, el viejo portón de hierro detrás del monumento en el jardín central y la alta malla que protegía las gradas del jardín derecho donde Babe Ruth había bateado su último jonrón.

De repente, mi tío se detuvo. Me dijo: "¡Agarra la billetera!" Inmediatamente lo hice. Cuando nos sentamos, le pregunté: "¿Ya puedo soltarla?" Mi tío me dijo: "Sí". Cuando le pregunté por qué me había dicho que hiciera aquello, dijo: "¿Ves a ese hombre que está allí, el del cuello clerical? Es un sacerdote. Siempre hay que sujetar la billetera cuando un sacerdote o un pastor se acerca. Ellos lo que quieren es quitarte el dinero".

El primer juego de béisbol al que asistí (*Pirates 5, Cincinnati 2*) fue también mi primer contacto con una actitud cínica hacia el diezmo y el dar por caridad.

Mi padre no compartía el cinismo de mi tío. Él nos enseñó a contribuir con el diezmo cuando éramos niños. Todas las semanas, yo debía poner el diez por ciento de mi mesada en el platillo de ofrendas de la iglesia. Me iniciaron en esta práctica mucho antes de ser cristiano.

En nuestra cultura, persiste un cinismo generalizado hacia la acción de dar. Algunos inescrupulosos evangelistas de televisión le han dado mala fama a dar el diezmo. No obstante, la Biblia les ordena a los cristianos a ser buenos administradores.

Todos los domingos, tomamos ofrendas en nuestra iglesia. Justo antes de la ofrenda, por lo general digo: 'Adoremos ahora a Dios con nuestros diezmos y nuestras ofrendas'. La cuestión que quiero recalcar es que dar debe ser un acto de adoración.

EL DIEZMO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La primera ofrenda que registra la Biblia se encuentra en Génesis 4, traída por los hermanos Caín y Abel:

Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante, (vv. 3-5)

¿Por qué la ofrenda de Abel fue más grata que la de Caín? Algunos piensan que fue porque la ofrenda de Abel fue un animal —un sacrificio de sangre— mientras que la de Caín fue simplemente un fruto de la tierra. Sin embargo, a todo lo largo del Antiguo Testamento, Dios hace provisión para que tal tipo de sacrificios fueran totalmente aceptables a El. Caín hizo esa clase de sacrificio porque era labrador de la tierra mientras que Abel era pastor de ovejas. El texto no indica que ser pastor era más sagrado que ser labrador.

En Hebreos 11:4 está la clave: "Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella".

Parece ser que lo que agradó a Dios fue la forma en que Abel hizo la ofrenda: La hizo *con fe*. Es de suponer que no fue así en el caso de Caín. De hecho, su falta de fe pronto se manifestó en un arrebato de celos contra su hermano.

Del examen anterior que hicimos sobre la adoración, recordamos que Dios busca a los que lo adoran en espíritu y en verdad. Abel lo hizo. Abel trajo a Dios el sacrificio de alabanza al hacer su ofrenda con fe. Esta es la esencia misma de la adoración.

El concepto de sacrificio va a la esencia misma de la fe bíblica. Dejando entrever la perfecta obra redentora de Cristo, la adoración en el Antiguo Testamento se centraba en el sistema de sacrificios. Cuando alguien entraba en el tabernáculo del Antiguo Testamento, el primer mueble que veía era el altar del holocausto.

Las iglesias cristianas en la actualidad no tienen altares del holocausto. Se acabaron los tiempos de los sacrificios de sangre y de animales. Gracias al sacrificio perfecto y definitivo de Cristo, ya no hay necesidad de eso.

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, *se presentó*

una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también *Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos*; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.

Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados. (He. 9:24—10:3, cursivas añadidas)

La expiación de Jesús como nuestro gran sumo sacerdote dio fin al sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, pero no destruyó el principio del sacrificio en la vida cristiana. Aún debemos adorar a Dios y darle ofrendas en adoración. Pablo escribe en Romanos:

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. (Ro. 12:1-2).

Debemos entregarnos a Dios como *sacrificio vivo*. Le entregamos a Él nuestro tiempo, nuestras energías y nuestro

propio ser como actos de adoración y gratitud. La entrega bíblica es parte del contexto general de la mayordomía.

El concepto de mayordomía comienza precisamente con la creación. La creación se celebra no solo en Génesis, sino a lo largo de todas las Escrituras, especialmente en los Salmos, donde parte de la adoración de Israel loaba la propiedad de Dios de todo el universo: "De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan" (Sal. 24:1). Dios es el autor de todas las cosas, el creador de todas las cosas y el dueño de todas las cosas. Todo es de Dios. Lo que poseemos nosotros, lo poseemos como *mayordomos* que hemos recibido dones de Dios mismo. Dios es el dueño definitivo de todas nuestras "posesiones". Él nos ha prestado esas cosas y espera que las administremos de modo tal que lo honremos y lo glorifiquemos.

La palabra que se traduce como "mayordomía" en la Biblia es la palabra griega *oikonomia*, de donde procede la palabra *economía*. Son dos palabras distintas que se unen para crear una nueva palabra: *oikos*, que es *casa* en griego, y *nomos*, que significa *ley* en griego. La palabra que se traduce como mayordomía significa literalmente "ley de la casa" o "gobierno de la casa".

En la cultura antigua, el mayordomo no era el dueño de la casa. El dueño lo contrataba para administrar los asuntos de la casa. Administraba el inmueble y era responsable de asignar los recursos de la casa. Era función del mayordomo garantizar que las despensas estuvieran llenas de comida, que el dinero estuviera asegurado, que el césped estuviera atendido y que la casa se mantuviera en buen estado.

La mayordomía en el género humano comenzó en el Huerto del Edén donde Dios les dio a Adán y Eva autoridad

total sobre toda la creación. Adán y Eva no recibieron la propiedad del mundo; se les dio la responsabilidad de administrarlo. Debían garantizar la labranza y el cultivo del huerto y que este no fuera maltratado ni explotado, y que los bienes que Dios suministraba no se echaran a perder o se desperdiciaran.

Una de mis tareas es la de ser presidente de Ligonier Ministries. Eso viene acompañado de la responsabilidad que tiene todo funcionario ejecutivo: La asignación de recursos. Veamos nuestro ministerio: Tenemos un edificio que hay que cuidar; miembros a los que hay que atender; personal, computadoras, equipos de oficina y suministros que hay que administrar; y tenemos dinero. Tenemos una cierta cantidad de tiempo para poder realizar nuestro ministerio. No podemos ser eficaces si malgastamos el tiempo, las personas o el dinero, o si administramos mal la instalación y los equipos. Si hacemos cualquiera de esas cosas, eso significaría una mala mayordomía. Sabemos que el manejo de recursos exige sabiduría. *Si* invertimos recursos en una cosa, no podremos invertirlos en otra.

En nuestras propias casas aprendemos que si gastamos cincuenta dólares en ropa, son cincuenta dólares que ya no tendremos para nada más. Todo el mundo, hasta los multimillonarios, funciona con recursos limitados. Cada vez que usamos un recurso, tomamos una decisión y esa decisión revela la clase de administradores que somos. Ahí es donde Dios nos considera responsables. Él responsabilizó a Adán y Eva con el cuidado del huerto. Dios está interesado en la forma en que atendemos nuestro ministerio, nuestra vida personal, nuestro hogar: Todos los aspectos de la vida. Todas estas cosas tienen que ver con la mayordomía y la asignación de recursos.

Una de las historias más apasionantes del Nuevo Testamento es la parábola de Jesús del hijo pródigo. Este joven había recibido una herencia que no se había ganado; su padre simplemente se la dio. Sin embargo, el problema fue que en cuanto recibió la herencia, en vez de tratar de aumentarla o invertirla (como vimos en la parábola de los siervos), se marchó lejos de su casa y la despilfarró en juergas, vino y mujeres. Acabó viviendo en una pocilga. A este joven se le conoce como "pródigo" porque malgastó los recursos de su padre. Peor aún, estaba malgastando su vida, el peor pecado contra la mayordomía. Cada uno de nosotros ha sido puesto en este planeta por Dios para glorificarlo, honrarlo y servirlo con lo que produce y la forma en que vive. Una vida malgastada es una tragedia. Ese fue el caso del hijo pródigo, hasta que recibió una nueva vida y entró en razón.

Regresó a la casa de su padre arrepentido, dispuesto a renunciar a sus derechos de hijo y a ser tratado como un jornalero. En cambio, su padre lo recibió e hizo un gran festejo por su regreso: Un bello ejemplo de la gracia y la misericordia de Dios por los pródigos de toda clase.

Como cristianos, nuestra posesión más valiosa es el don de Cristo mismo. Es un don que vale muchísimo más que el oro y la plata, muchísimo más que las piedras preciosas. Pero este tesoro lo llevamos en vasos de barro, una bella metáfora (2 Co. 4:7). Y pensar que llevamos este preciado tesoro en corrientes vasijas de barro.

En el centro del concepto bíblico de la mayordomía está el diezmo. Lo vemos instituido como ley en el Antiguo Testamento y muchos se preguntan si se transfiere a la vida del Nuevo Testamento.

Veamos primero la función del diezmo en el Antiguo Testamento. La palabra *diezmo* significa "décimo". El principio básico era que todas las personas debían devolver una décima parte de sus ganancias al Señor anualmente.

Lo bueno del diezmo es que impedía la guerra de clases y la política de la envidia. Prohibía la imposición de impuestos desiguales donde un grupo de personas pagaba un por ciento más alto que el otro. Cuando eso sucede, entonces la economía se politiza y crea grupos de intereses creados donde la justicia se ignora en aras del poder.

En Israel, todo el mundo daba el mismo *por ciento*, pero no la misma *cantidad*. En esta clase de estructura, la persona que gana \$10.000 al año entrega \$1.000 como diezmo. La persona que gana \$1 000 000 al año devuelve \$100.000. La persona rica devuelve mucho más dinero, pero es el mismo por ciento que la persona pobre.

En el Antiguo Testamento surgieron problemas cuando las personas retuvieron el diezmo. Cuando no obedecieron la ley de Dios. En Malaquías 3:8-10 leemos:

"¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde".

Una encuesta realizada recientemente entre personas que dicen ser cristianos evangélicos revelaba que solo el

cuatro por ciento entrega el diezmo. Una encuesta similar indicaba que el por ciento promedio que los cristianos "evangélicos" entregan a la obra de Dios es menos del dos por ciento.

Esto significa que si el principio del diezmo aún sigue vigente y las encuestas fueron fieles, entonces el noventa y seis por ciento de los cristianos evangélicos que profesan serlo, le están robando a Dios sistemáticamente. Las enseñanzas de Malaquías indican que cuando dejamos de dar el diezmo, no solo le estamos robando a la iglesia, a los ministros o a los maestros cristianos, *le estamos robando a Dios mismo*.

Si les hacemos a los cristianos la pregunta formulada en Malaquías: "¿Robará el hombre a Dios?", se horrorizarían. Dirían: "¡Nunca se nos ocurriría robarle a Dios!" Sin embargo, el veredicto de Dios sobre Israel fue precisamente eso. Dios los exhortó a que fueran leales y les prometió que abriría las ventanas del cielo y derramaría bendiciones sobre ellos.

¿Por qué Dios instituyó el diezmo? Recordamos que Él separó a una tribu completa, la tribu de Leví, para el ministerio. Los levitas fueron destacados para atender las responsabilidades espirituales y educacionales de la nación.

Quizá Dios entendiera la economía de mercado en tanto que el mercado establece el "valor" de los bienes y los servicios. En una economía de mercado como la nuestra, los artistas, atletas, empresarios de negocios, médicos, abogados y otros ocupan los primeros lugares en la escala de de ingresos. La labor que ellos realizan se valora mucho. Sin embargo, no sucede igual con el trabajo que realizan los maestros y los pastores.

Estados Unidos, el grupo de profesionales más mal remunerado es el clero. Le sigue en segundo lugar los maestros. Estos fueron precisamente los dos grupos que Dios aseguró que serían pagados con la institución del diezmo en Israel.

Nuestros pastores no reciben remuneración del gobierno; eso es responsabilidad de la iglesia. Y cuando la iglesia no contribuye el diezmo, se refleja en la retribución de los pastores.

He oído decir a algunas autoridades de juntas directivas de iglesias que mantienen a los pastores con un salario bajo para que continúen siendo humildes y dependientes de Dios. Quieren asegurarse que los pastores estén realmente dedicados a su trabajo y estén dispuestos al sacrificio para realizarlo.

Una cosa es que una persona se sacrifique por voluntad propia y otra muy distinta es que se le imponga el sacrificio. Cuando les imponemos sacrificios a otras personas, de hecho estamos explotándolas y desobedeciendo a Dios a la misma vez.

Cuando no damos el diezmo, reducimos el ministerio de Cristo. Una de las más grandes barreras hacia la ampliación del reino de Cristo en este mundo es la barrera económica. Aquí interviene un principio fundamental. Si tenemos \$100 para destinarlo al ministerio, estamos limitados por esa suma. Podemos despilfarrar el dinero y trabajar eficazmente por valor de \$10 solamente. Pero aunque seamos mayordomos expertos y minuciosos, no podemos ministrar por valor de \$110.

El ministerio cristiano depende de la acción cristiana de dar. Esa acción de dar limita, siempre y dondequiera, el trabajo del ministerio.

EL DIEZMO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Algunas personas dicen que el diezmo no es aplicable al Nuevo Testamento. Yo pienso que sí. Vemos cómo las personas continuaban dando el diezmo en la comunidad del Nuevo Testamento en uno de los primeros libros no bíblicos que tenemos de la antigüedad. La *Didajé* o "Enseñanzas de los apóstoles", obra escrita a finales del siglo I o principios del II, dedica un segmento importante a la cuestión de apoyar el trabajo del reino. El principio del diezmo se expone aquí con claridad. En los documentos más antiguos que tenemos de la iglesia cristiana, vemos que la comunidad cristiana primitiva continuó con la práctica del diezmo. Asimismo, en la *Didajé* aparece una advertencia a los cristianos que dicen: "Deje que su donación le sude en la mano antes de entregarla". Una metáfora interesante, ¿no es verdad? *Deje que su donación le sude en la mano antes de entregarla*. Fíjese que el mandato no es que usted sujete el dinero tan fuerte que nunca lo llegue a entregar. Esa no es la cuestión. La cuestión es que hay que tener mucho cuidado, mucho discernimiento, en cuanto al destino de la donación.

Esto pone al descubierto un tema polémico con respecto de la financiación del reino. Una vez más, en Malaquías 3:10, Dios dice: "Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa". En el Antiguo Testamento, el diezmo, ya fuera en forma de animales o productos alimenticios, se llevaba a un lugar central, al alfolí o almacén, que era administrado por los levitas. Todo el diezmo de toda la nación se llevaba a este lugar de recepción único y luego los levitas lo distribuían según las necesidades de las personas.

Algunas personas opinan que eso significa que en la época del Nuevo Testamento debía haber un solo almacén adonde iban a parar todos los diezmos y que luego se distribuían desde ese almacén. Hay dos problemas con eso. En primer lugar, en el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel tenía un solo santuario central. Cuando empezó la Iglesia en el Nuevo Testamento, se establecieron iglesias en todos los pueblos y ciudades: En Éfeso, en Corinto, en Tesalónica y así sucesivamente. Ya no había un solo santuario. Por lo tanto, la suposición de que llevaban todos los diezmos a un almacén central se torna problemática.

Algunas personas consideran que la iglesia local es el almacén y es, por consiguiente, el único lugar adecuado para que nosotros entreguemos el diezmo. Pero nada en el Nuevo Testamento equipara la iglesia local con el almacén del Antiguo Testamento. Si consideramos que la iglesia local *es*, en efecto, el almacén, entonces tendríamos que argumentar que todos los diezmos deberían ir a un lugar central para cada denominación o quizás hasta para cada nación. Todos los diezmos tendrían que ir a una casa receptora central para luego distribuirlos desde allí. Nunca he conocido a una iglesia local que estuviera a favor de eso. Simplemente no es bíblico exigirles a las personas que den todo su diezmo a la iglesia local. Sí pienso que la mayor parte del diezmo debe ir a la iglesia local, pero también pienso que el principio de dejar que la donación "le sude en la mano antes de entregarla" implica no solo discernimiento, sino también libertad en la acción de dar para que pueda incluir un seminario, una universidad cristiana y otros ministerios meritorios.

La Biblia nos enseña que debemos invertir en el reino de Dios. En Estados Unidos, que fue construido bajo

los principios del capitalismo, la idea fundamental del capitalismo es el siguiente: *Gratificación diferida*. En vez de tomar el dinero que ganamos y gastarlo todo ahora, lo ahorramos y lo invertimos. Esto permite que nuestro capital trabaje para nosotros, aumentando así nuestro patrimonio.

Creo sinceramente que la inversión más importante que podamos hacer es en el reino de Dios porque tiene rendimientos eternos. Estos rendimientos no son solo para nosotros, sino para nuestra familia, nuestros hijos, nuestros nietos. Esta generación de cristianos debe invertir en las cosas de Dios para la próxima generación. Esto sigue la advertencia de Jesús: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" [Mt. 6:33].

Quiero brindarles un comentario práctico sobre la contribución del diezmo. Algunas personas dicen: "Me gustaría dar el diezmo, pero no me alcanza el dinero". Sinceramente creo que si usted invierte en el reino de Dios, en última instancia no perderá nada. Dé el diezmo antes que nada y aprenda a hacerlo a la edad más temprana posible. Si su hijo recibe un dólar de mesada, asegúrese que los primeros 10 centavos vayan a la bandeja de la ofrenda el domingo para que el niño aprenda el principio a una edad temprana. Sabemos que no podemos gastar el impuesto que el gobierno saca del cheque del sueldo. Debemos vivir con el sueldo que nos llevamos a casa. Nuestra obligación con Dios tiene prioridad sobre nuestra obligación con el gobierno. Debemos darle primero a Dios, "antes que nada". Si usted quiere saber qué tan seria es su inversión en el reino de Dios, mire su talonario de cheques. Es un registro

objetivo y concreto de dónde está su tesoro y dónde está su corazón.

El hecho como tal de dar es una gracia que Dios da. Es uno de los pasos importante hacia el crecimiento espiritual.

La lectura de la Biblia, la oración, la adoración, el servicio y la mayordomía: Estas son cinco disciplinas fundamentales para llevar una vida cristiana productiva. Las cinco son vitales para nuestra salud espiritual y la salud de la Iglesia de Cristo. Si como cristianos nos aplicamos a ellas fielmente, un día podremos decir con Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe" (2 Ti. 4:7).